

pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque ántes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla más que un relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, despues que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbe-ga el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro.

Todo eso es verdad,—replicó Tomas,—y no es tan mala la gallega que á mí me martiriza: lo que se podrá hacer es, que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estar, y así huirás los encuentros de la Argüello, y yo quedaré sujeto á los de la gallega y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron á la posada, adonde de la Argüello fué con muestra de mucho amor recibido el asturiano.

Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ella y en las convecinas habia.

El que tocó la guitarra fué el asturiano: las bailadoras, amén de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada.

Juntáronse muchos embozados con más deseo de ver á Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos.

De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar.

Pidiéronle las mozas, y con más ahinco la Argüello, que cantase algun romance.

Él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.

Habia entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni más ni ménos.

Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso comenzó á cantar desta manera:

Salga la hermosa Argüello

Moza, una vez y no más,

Y haciendo una reverencia

Dé dos pasos hácia atrás.

De la mano la arrebate

El que llaman Barrabas,

Andaluz mozo de mulas,

Canónigo del compas.

De las dos mozas gallegas

Que en esta posada están,

Salga la más carigorda,

En cuerpo y sin devantal.

Engarráfela Torote,

Y todos cuatro á la par

Con mudanzas y meneos

Den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el asturiano hicieron al pié de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabas, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas.

Hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á naide de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda.

El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dijo:

—Hermano mozo, contrapas es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos.

—Si eso es,—replicó el mozo,—no hay para qué nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas chaconas y folias al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medallas hasta el gollete.

El asturiano sin replicar palabra prosiguió su canto, diciendo:

Entren, pues, todas las ninfas
Y los ninfos que han de entrar,
Que el baile de la Chacona
Es más ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
Y hájense á refregar
Las manos por esa arena,
O tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
No tengo que les retar:
Santiguense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la Chacona
Nunca se suele apartar.

Cambio el són, divina Argüello,
Más bella que un hospital;
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieres dar.

El baile de la Chacona
Encierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda,
Sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.

Vierten azogue los piés,
Derrítase la persona,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.

El brío y la ligereza
En los viejos se remoza,
Y en los mancebos se ensalza

Y sobre modo se entona.

El baile de la Chacona

Encierra la vida bona.

¡Qué de veces ha intentado

Aquesta noble señora

Con la alegre zarabanda,

El pésame, y perra mora,

Entrarse por los resquicios

De las casas religiosas,

A inquietar la honestidad

Que en las santas celdas mora!

¡Cuántas fué vituperada

De los mismos que la adoran!

Porque imagina el lascivo,

Y al que es necio se le antoja

Que *el baile de la Chacona*

Encierra la vida bona.

Esta indiana amulata,

De quien la fama pregona

Que ha hecho más sacrilegios

E insultos que hizo Aroba:

Esta, á quien es tributaria

La turba de las fregonas,

La caterva de los pajes,

Y de lacayos las tropas,

Dice, jura, y no revienta,

Que á pesar de la persona

Del soberbio zambapalo,

Ella es la flor de la olla

Y que sola la Chacona

Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas bailando la turba-
multa de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban á doce,
y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras
cosas de más tomo, sustancia y consideracion de las cantadas, uno
de los muchos embozados que el baile miraban, dijo sin quitarse el
embozo:

Francisco

Calla, borracho; calla, cuero; calla, odrina, poeta de viejo, músico falso.

Tras esto acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan á mal, que si no fuera por el huésped, que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y áun con todo eso no dejarán de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apénas se habian retirado, cuando llegó á los oídos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin.

Pero el que más atento estuvo fué Tomas Pedró, como aquel á quien más le tocaba, no sólo el oír la música, sino entender la letra, que para él no fué oír canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fué este romance.

¿Dónde estás que no pareces,

Esfera de la hermosura,

Belleza á la vida humana

De divina compostura?

Cielo impíreo, donde amor

Tiene su estancia segura;

Primer moble que arrebatá

Tras sí todas las venturas:

Lugar cristalino, donde

Transparentes aguas puras

Enfrian de amor las llamas,

Las acrecientan y apuran:

Nuevo hermoso firmamento,

Donde dos estrellas juntas

Sin tomar la luz prestada

Al cielo y al suelo alumbran:

Alegría, que se opone

A las tristezas confusas

Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura.

Humildad, que se resiste
De la alteza con que encumbran

El gran Jove, á quien influye
Su benignidad, que es mucha:

Red invisible y sutil,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero

Que de las batallas triunfa:

Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja á oscuras
Cuando acaso deja verse,
Que el verle es caso y ventura:

Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura,
Que persuades callando
Aun más de lo que procuras:

Del segundo cielo tienes
No más que la hermosura,
Y del primero no más
Que el resplandor de la luna:

Esta espera sois, Costanza,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.

Fabricad vos vuestra suerte,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso,
La esquividad á blandura.

Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna
Las soberbias por linaje,
Las grandes por hermosura.

Si quereis ahorrar camino,
La mas rica y la más pura
Voluntad en mí os ofrezco,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como dieron junto á los piés del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacáran de los cascos la música y la poesía.

Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta prisa, que no le alcanzára un galgo: ¡infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes!

A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas Pedro, que admiró la voz y el romance; más quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oídos jamas llegó ninguna.

Contrario deste parecer fué Barrabas, el mozo de mulas, que tambien estuvo atento á la música, porque así como vió huir al músico, dijo:

—Allá irás, mentecato, trovador de Júdas, que pulgas te coman los ojos; y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lúnes, mártes y ruedas de fortuna? Dijérasla, noramala para tí y para quien le hubiera parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendiera, y se holgára; pero llamarla embajador, y red, y noble, y alteza, y bajeza, más es para decirlo á un niño de la doctrina que á una fregona; verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda; yo á lo ménos, aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo; miren qué hará Costancia; pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias; este músico á lo ménos no es de los del hijo del corregidor, que aquéllos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero éste, voto á tal, que me deja mohino.

Todos los que escucharon á Barrabas recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado.

Con esto se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llama, fuéle respondido con voz baja:

—La Argüello y la gallega somos, ábranos, que nos morimos de frio.

—Pues en verdad,—respondió Lope,—que estamos en la mitad de los caniculares.

—Déjate de gracias, Lope,—replicó la gallega,—levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas.

—¿Archiduquesas, y á tal hora?—respondió Lope;—no creo en ellas, ántes entiendo que sois brujas, ó unas grandísimas bellacas; idos de ahí luégo, si no por vida de... hago juramento, que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.

Ellas que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y malaventuradas á sus lechos; aunque ántes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave:

No es la miel para la boca del asno.

Y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia, y tomado una justa venganza, se volvió como se ha dicho á su triste cama.

Lope, que sintió que se habian vuelto, dijo á Tomas Pedro que estaba despierto:

—Mirad, Tomas, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con más facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaeteasen: mirad qué doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medrarémos.

—Ya te he dicho, amigo,—respondió Tomas,—que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado.